

18ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN LUCAS 12,13-21.

En aquel tiempo, dijo uno del público a Jesús:

-Maestro, dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia.

Él le contestó:

-Hombre, ¿quién me ha nombrado juez o árbitro entre vosotros?

Y dijo a la gente:

-Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes.

Y les propuso una parábola:

-Un hombre rico tuvo una gran cosecha. Y empezó a echar cálculos: ¿Qué haré? No tengo donde almacenar la cosecha.

Y se dijo: Haré lo siguiente: derribaré los graneros y construiré otros más grandes, y almacenaré allí todo el grano y el resto de mi cosecha. Y entonces me diré a mí mismo: «Hombre, tienes bienes acumulados para muchos años: tumbate, come, bebe, y date buena vida.

Pero Dios le dijo:

-Necio, esta noche te van a exigir la vida. Lo que has acumulado ¿de quién será? Así será el que amasa riquezas para sí y no es rico ante Dios.

¿QUÉ HERENCIA QUIERO DEJAR?

En el Evangelio de hoy, un hombre dirige esta petición a Jesús: **«Maestro, dí a mi hermano que reparta la herencia conmigo»**. Es una situación muy común, problemas similares siguen estando a la orden del día: ¡cuántos hermanos y hermanas, cuántos miembros de una misma familia desgraciadamente se pelean, y quizás ya no se hablan, a causa de una herencia!

Jesús, respondiendo a ese hombre, no entra en detalles, sino que va a la raíz de las divisiones causadas por la posesión de cosas y dice claramente: **«Guardaos de toda codicia»**. Pero ¿qué es la codicia? Es la **«apetencia desenfrenada de bienes»**, de querer enriquecerse siempre. Es una enfermedad que destruye a la persona porque **«el hambre de posesión es adictiva»**. El que tiene mucho nunca está satisfecho, **«siempre quiere más»** y sólo para sí mismo.

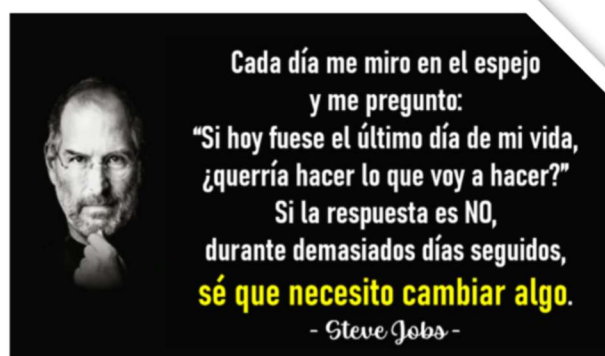
Y quien es así **«no es libre»**. Es un esclavo de lo que paradójicamente debería haberle servido para vivir libre y sereno. **«En lugar de servirse del dinero, se convierte en siervo del dinero»**. Pero la codicia es también una enfermedad peligrosa para la sociedad. Por su culpa hoy hemos llegado a unos niveles de injusticias y de degradación como nunca antes habían existido, donde **«muy pocos tienen mucho y muchos tienen muy poco o nada»**. Pensemos también en las guerras y los conflictos: el ansia de recursos y riqueza está siempre implicada. **«¿Cuántos intereses hay detrás de una guerra!»** Sin duda, uno de ellos es el comercio de armas. Este comercio es un escándalo al que no debemos ni podemos resignarnos.

Jesús nos enseña hoy que, en el fondo de todo esto, no sólo hay unos pocos poderosos o ciertos sistemas económicos. **«En el centro está la codicia que hay en el corazón de cada uno»**. Así que preguntémonos: ¿cómo es mi desprendimiento de las posesiones, de las riquezas? **«¿Me quejo de lo que me falta o me conformo con lo que tengo?»** ¿Estoy tentado por el dinero a sacrificar las relaciones y a sacrificar el tiempo por los demás? Y también, ¿sacrifico la legalidad y la honestidad en el altar de la codicia? Y digo **«altar»**, altar de la codicia, porque los bienes materiales, **«el dinero, las riquezas pueden convertirse en un culto, en una verdadera idolatría»**.

Por eso Jesús nos advierte con palabras fuertes. Dice que **«no se puede servir a dos señores»** y no dice, a Dios y al diablo, no, ni siquiera al bien y al mal, sino **«a Dios y a las riquezas»**. Alguno quizás esperaba que hubiese dicho que no se puede servir a dos señores en referencia a Dios y al diablo pero, sin embargo, dice, a Dios y a las riquezas. **«Servirse de las riquezas sí»**. **«Servir a la riqueza no: es idolatría, es ofender a Dios»**.

Entonces ¿no se puede desear ser rico? Por supuesto que se puede, es más, es justo desearlo, **«es bueno hacerse rico, ¡pero rico según Dios!»** Dios es el más rico de todos, es **«rico en compasión, en misericordia»**. Su riqueza no empobrece a nadie, no crea peleas ni divisiones. **«Es una riqueza que ama dar, que ama compartir»**.

En el Evangelio no se desprecian los bienes materiales, únicamente **«se nos invita a relativizarlos»** frente a otros valores más duraderos. Una relativización que puede hacerse extensiva a otros valores que, con frecuencia, tienden a absolutizarse como **«el poder, el éxito o el placer»**, e incluso cosas buenas, como **«el propio bienestar, la salud o la cultura»**.



La codicia por las posesiones, el deseo de tener posesiones, no satisface el corazón

Papa Francisco



«Tampoco se condena la previsión que podemos hacer con prudencia en nuestras vidas». Lo que Jesús condena es **«la codicia»**, ese afán por acumular bienes que, muchas veces, ni siquiera se llegan a disfrutar.

Acumular bienes materiales no es suficiente para vivir bien, porque **«la vida no depende de lo que se posee»**. **«Depende de las buenas relaciones: con Dios, con los demás y especialmente con los que tienen menos»**. Entonces, preguntémonos: ¿cómo quiero enriquecerme? **«¿quiero enriquecerme según Dios o según mi codicia?»**

Y volviendo al tema de la herencia, **«¿qué herencia quiero dejar?»** ¿Dinero en el banco, cosas materiales, o gente feliz a mi alrededor, buenas obras que no se olvidan, **«personas a las que he ayudado a crecer y madurar?»**

Que la Virgen nos ayude a **«comprender cuáles son los verdaderos bienes de la vida»**, los que permanecen para siempre. ¡Que así sea!

Parroquia de Betharram

www.parrokiabetharram.com

3 de agosto de 2025